

VITO ALESSIO ROBLES Y SU HISTORIA DE COAHUILA Y TEXAS.

Por Rafael García Granados.

"Coahuila y Texas en la época colonial" es, sin duda alguna - y sin mengua del indiscutible mérito que tiene toda su fecunda labor de investigación - la obra más personal del ingeniero Vito Alessio Robles y también la que con mejores títulos lo hará pasar a la posteridad en la primera línea de nuestros historiógrafos.

El Primer Congreso Mexicano de Historia, que se reunió en Oaxaca en 1933, marca la primera etapa del renacimiento de nuestros estudios históricos que ya ha dado, está dando y promete dar, ópimos frutos. Entre los múltiples acuerdos que ahí se tomaron (que en su mayoría han sido letra muerta) figura el de exhortar a los investigadores de provincia a que emprendan la obra de historiar su patria chica para que de esta labor monográfica, tan escasa en algunos Estados, pueda surgir mañana la obra de conjunto, no digamos definitiva, porque la Historia es algo vivo y en perpetuo proceso de evolución, pero sí que descansa sobre bases sólidas: espíritu científico, investigación acuciosa y crítica serena. La recomendación del Primer Congreso de Historia parece haber sido escuchada en casi todo el país; ya son muchas, aunque de valor desigual, las Historias locales que han aparecido durante los últimos cinco años. La que comentamos ocupa, indiscutiblemente, el primer lugar entre ellas; gracias a Alessio Robles, el Estado de Coahuila ha pasado, de no tener obra alguna que mereciera el título de Historia, a ser el más rica y verazmente histo-

riado.

- - - - -

Emundo O'Gorman, en su reseña filosófica de la Historia de la Dominación Española de Orozco y Berra, nos hacía notar en estas mismas páginas hace pocos meses, las influencias que sobre nuestro gran historiógrafo, no maduro aún, ejerció el padre Cavo, que es tan pronunciada en ciertos pasajes, que toca los límites de la copia. Este comentario, que no es precisamente una censura ya que no puede pedírsele al historiador de una obra de aliento que toda ella sea el fruto de su investigación y crítica personales, no podrá hacerse nunca de la que nos ocupa de Alessio Robles, porque trabajó en un campo prácticamente virgen en el que no era posible, ya no digamos copiar, pero ni aún sufrir influencias, ya que las fuentes en que bebió no intentaron emprender la obra de conjunto que el autor se impuso y puede por tanto decirse que no tuvo más precursor que su ilustre coterráneo don Carlos Pereyra, cuya "Historia de Coahuila", que a menudo cita, está inédita y no podemos juzgar por no conocerla. La bibliografía de Alessio es copiosísima y casi toda ella de primera mano. Está tomada en la mayoría de los casos de manuscritos que personalmente descubrió en los archivos de Méjico, Guadalajara, Saltillo, Durango y otros y también entre los de la Universidad de Texas. Las obras impresas consultadas tampoco son de aquellas vulgarizadas entre nosotros; está muy al cabo no sólo de publicaciones raras relativas al Norte de Méjico, sino también de las muchas que los investigadores norteamericanos han acometido recientemente y que, en su mayoría, han sido poco consultadas por los nuestros. Los magníficos índices alfabéticos, indispensables en obras de consulta como ésta, acusan la

disciplina y el espíritu científico del autor.

- - - - -

En su afán ^{de agotar} ~~exhaustivo~~ de la Historia de Coahuila y Texas, la toma desde su más remota antigüedad. La circunstancia de no haber cultivado preferentemente la Etnología y la Prehistoria, explican la falta de un panorama clasificado de las tribus conocidas con el nombre genérico de chichimecas, a las cuales designa a menudo con los nombres vulgares de "cabezas", "manos prietas", etc., o con los de hueyquetzales, con ~~totores~~ etc. sin intentar relacionar estas designaciones con las clasificaciones etnográficas que se les dan en estudios especializados contemporáneos.

Por lo que hace al origen remoto, tanto de esas tribus como de todas las culturas de Méjico, sigue el autor, de preferencia, a Plancarte y a Martínez del Río, tomando como buenas las teorías de ambos y sin parar mientes en la contradicción fundamental que entre ellas existe. En efecto, Plancarte debe clasificarse entre los difusionistas, mientras Martínez del Río es partidario entusiasta y apasionado de la escuela antidifusionista de Hrdlicka; y mientras el primero cree en las influencias culturales atlánticas, el segundo las repudia enfáticamente. Resulta así un tanto contradictoria la base prehistórica en que descansa el capítulo III, que dice en la página 43: "Todas las tradiciones de la prehistoria Mexicana están de acuerdo en señalar como punto de partida de las migraciones la porción nordoriental de Asia"; y en la 44 "Habían atravesado el Océano, el antiguo "mar tenebroso" y venían, probablemente, de las costas del Mediterráneo."

- - - - -

El autor ha comentado regocijadamente en más de una ocasión, la banderilla que le clavó don Federico Gómez de Orozco al afirmar que la civilización no había pasado de Zacatecas. Ignoramos si el puyazo habrá influido en el ánimo del historiador para decidirlo a acometer la ardua empresa que con tanta felicidad ha realizado, pero no las tenemos todas con nosotros de que haya logrado, como asegura, reincorporar a la cultura, el pasado colonial de su Estado natal. Y si tenemos la audacia de dudarlo, sin por eso poner en tela de juicio las excelencias de su obra histórica, ya que no sólo los pueblos cultos tienen historia, es apoyados - precisamente en las palabras del autor que, en las páginas 605 y siguientes, después de haber historiado el siglo XVIII, dice:

"..... las condiciones económicas-~~social~~es..... de Texas y Coahuila....., de los cuales el principal (problema) era la guerra continua contra los indios bárbaros, que en realidad nunca llegaron a someterse en forma estable, y que en vez de cooperar con su esfuerzo y con su trabajo al engrandecimiento de aquellas provincias las asolaban a sangre y fuego en sus correrías devastadoras."

"La organización en lo que se refiere al aprovechamiento de los recursos naturales tenía que ser extremadamente precaria, la educación, completamente rudimentaria, las artes no podían progresar en pequeños centros poblados que no eran otra cosa que verdaderos campamentos militares....."

"La educación pública estaba completamente abandonada. A fines del siglo XVIII, cuando fué erigido el obispado de Linares, se estableció en Monterrey un Seminario y desde antes sólo en Saltillo y en la capital del Nuevo Reino de León, existían escasas dotaciones fijas para la remuneración de maestros de primeras le-

tras. En los presidios y en las demás villas de las cuatro provincias internas de oriente se sostenían algunas escuelas con los fondos de las compañías presidiales y las contribuciones voluntarias de algunos padres de familia, establecimientos que servían para enseñar a leer, escribir y contar y para el aprendizaje de la doctrina cristiana. En las haciendas había una que otra escuela y era general la renuencia de los propietarios para que los hijos de los peones aprendiesen a leer."

".....Pocos eran lo que llegaban a adquirir los conocimientos de la enseñanza superior, pero cabe advertir que los que se distinguían en las primeras letras preferían continuar sus estudios en la ciudad de Guadalajara, que fué durante la época colonial la antorcha luminosa del saber en el Norte de la Nueva España....."

"Dentro de aquel medio recio e inadecuado para la cultura....."

"La industria estaba completamente atrasada, Apenas si en Coahuila se podía señalar la fabricación de vinos y aguardientes,..... y la existencia de unos cuarenta telares de algodón, en Saltillo, y de unos sesenta telares de lana en el inmediato pueblo de San Esteban de Nueva Tlaxcala....."

Los muchos lugares de la obra en que se hace referencia a los colonos tlaxcaltecas, son sumamente interesantes porque vienen a explicar fenómenos que tuvieron lugar, no sólo en Coahuila, sino en diversos puntos del Norte y del Centro del país. Creyó el Virrey Velasco que los indios de Tlaxcala servirían como "educado-

res y fundentes" - como eslabón, diremos nosotros - entre las tribus bárbaras y los españoles; mas en la práctica se vió que los tlaxcaltecas tenían mucha mayor afinidad para los hispanos que para los chichimecas y si resultaron un fracaso como fundentes, fueron, en cambio, un éxito como colonizadores. Los que se establecieron en San Esteban de Nueva Tlaxcala, procedentes de San Esteban Tizatlán, ahuyentaron a los cuauhchichiles de las cercanías de Saltillo, en vez de atraerlos a la vida sedentaria y a los centros españoles de población; y en las luchas entre chichimecas y españoles, siempre tomaron el partido de éstos y fueron la garantía de sus poblados.

Historiadores que desconocen las profundas diferencias etnológicas que existían entre las tribus indígenas de la Nueva España, han llamado traidores a los tlaxcaltecas, por haber tomado el partido de Cortés contra Moctezuma y Cuauhtemoc. El Gobierno del Estado de Tlaxcala, con una ingenuidad que enternece, pidió en 1933 al Primer Congreso Mexicano de Historia que los absolviera de tan oprobioso sambenito. No es la declaración de un Congreso, sino la publicación de obras como la que nos ocupa, la que viene a poner de relieve la participación del pueblo tlaxcalteca en la obra civilizadora de España. Por lo que hace a nuestro caso concreto, vemos que la industria artística más importante del Norte de Méjico, la de los sarapes del Saltillo, no se debió ni a los conquistadores hispanos ni a los indios de aquella región, sino a los colonos tlaxcaltecas. Precisamente en el marco de las investigaciones de Historia local de los Estados, cabría que Tlaxcala emprendiera la de sus conquistadores y colonos que, como colaboradores de los españoles, tomaron parte tan importante no sólo en el Centro y en el Norte del país en los siglos XVI y XVII, sino también en aventu-

ras ultramarinas como la conquista de Filipinas y la expedición contra los ingleses en Jamaica.

- - - - -

Los capítulos dedicados a las misiones franciscanas y jesuitas en Coahuila y Texas, si no son, por su naturaleza monótona, los más amenos de la obra, sí tienen en cambio el interés de presentar el fruto de una investigación personal que no se había emprendido anteriormente y que pone de manifiesto que la conquista espiritual de aquellas regiones tuvo caracteres fundamentalmente distintos que la del Centro del país, derivados de las profundas diferencias que existían entre unos y otros indios.

Extraña que el autor, al tratar de los franciscanos, anteponga indistintamente el tratamiento de "fray" al nombre de pila o al apellido de los religiosos: fray Laríos, fray Peñasco, fray Cruz o fray de la Cruz, etc. Estamos acostumbrados, por ejemplo, a referirnos a fray Bartolomé de Las Casas como "fray Bartolomé", "el obispo Las Casas" o "el padre Las Casas", pero nunca como fray Las Casas o fray de Las Casas.

- - - - -

Si algunos capítulos, por la naturaleza misma de su contenido, resultan áridos para quienes no están directamente interesados en el tema particular que tratan, hay otros en cambio, y son los más, cuya amenidad es grande y en los que el autor se revela como artista. Citaremos a este respecto los retratos/^{en}que hace vivir a Urdiñola, Carvajal, Castaño de Sosa, Fray Juan Laríos, Antonio Balcárcel; el del señor de La Salle cuyas aventuras narra en el capítulo XXII que es toda una novela histórica,

así como el siguiente, dedicado a Alonso de León; el del canadiense-francés Luis Juchereau de Saint Denis cuyas andanzas entre los indios de Texas, salpimentadas con sus amores y matrimonio con doña María Ramón, darían tema para una movidísima película cuyo fruto indemnizaría al autor de las privaciones que lleva aparejadas la investigación histórica; aquellos en que hace referencia al capitán José de Urrutia y al francés Juan Jarri, que no pueden menos que recordarnos a Gonzalo Guerrero, por haberse identificado con los indígenas e incorporándose a su vida y costumbres salvajes, en vez de incorporarlos a la cultura occidental, por más que en estos casos, como en el de Guerrero, más que a su simpatía por los indios, obraban impulsados por sus propios delitos o por azares de la guerra, que los distanciaban de los hombres de su raza; el del capitán Azlor y Virto de Vera, segundo marqués de San Miguel de Aguayo, simpático magnate aventurero que puso su esfuerzo y su fortuna al servicio de España.

- - - - -

Muy importantes, por lo novedoso de los datos debidos a la investigación personal del autor, son los capítulos relativos a la fundación de Saltillo y a la guerra de Independencia. Lo mismo debe decirse de su descubrimiento relativo a la emboscada de Baján, que ya conocíamos por los artículos que publicó la prensa diaria y que viene a rehabilitar a don Ignacio Elizondo del dictado de traidor que le habían dado todas las Historias.

- - - - -

No queremos terminar esta nota sin recordar que el autor no se ha limitado a hacer obra de conjunto de su Estado natal y del de Texas; ha compuesto monografías muy importantes relacio-

nadas con los mismos temas, entre las que citaremos su "Bibliografía de Coahuila" (1927), "La primera imprenta en Coahuila" (1932), "Saltillo en la Historia en y en la Leyenda" (1934), "Fray Juan Agustín de Morfi y su Obra" (1935), "Monterrey en la Historia y en la Leyenda" (1936), "Ramos Arizpe" (1937) y la excelente "Francisco de Urdiñola y en Norte de la Nueva España" (1931). Y que, - dotado de verdadero espíritu científico, se ha preocupado por poner al alcance de los investigadores, obras tan importantes como las de don Miguel Ramos Arizpe, Fray Juan Agustín de Morfi, el obispo Tamarón y Romeral y el ingeniero Nicolás de Lafora, todas ellas ilustradas con prologos eruditos y notas pertinentes.

Dios conserve su vida muchos años, para mayor lustre de las letras mejicanas.

México, D.F., a 39 de marzo de 1939.